

# PARIS ALEGRE



AÑO I. — NÚM. 2.

¡AL FIN, SOLOS!

30 DE ABRIL DE 1901.

PARIS ALEGRE  
Barcelona.



## CRÓNICA

Vivimos en pleno romanticismo. Han decaído ya las novelas de imaginación que tanto éxito tuvieron á mitad del pasado siglo, y sin embargo la vida real es un folletín completo, con sus intrigas amorosas, sus crímenes espeluznantes, sus heroínas bellas y poéticas como las hadas, sus traidores de melodrama.

Supongo enteradas á mis amables lectoras del crimen de Passy: ha sido el suceso más saliente de estos días. París, que lo mismo se impresiona con la llegada de un monarca, que con un discurso fogoso pronunciado por un orador elocuente, que con un drama pasional, se ha conmovido al conocer los detalles del sangriento suceso. La señorita Kolb, rubia, hermosa, espiritual, ha sido asesinada. El asesino, un inglés, que se hacía llamar James Smith, prendado de su hermosura, la requirió de amores. «O mía ó de nadie», y como la linda señorita sintiese aversión repugnante hacia su perseguidor, éste realizó su amenaza. Todo París ha desfilarado por la Morgue, donde estaba la señorita Kolb tendida sobre una mesa de mármol, crispados los puños, entreabierta la boca como si fuera á lanzar el último denuesto á su matador, los ojos inmóviles con marcada expresión de espanto.

No hay mujer que sucumba bajo el hierro homicida que no sea virtuosa, santa y noble. Así, en torno del cadáver yerto de la señorita Kolb, se han pronunciado á guisa de oración fúnebre multitud de anécdotas refiriendo los pormenores más íntimos de su vida. Era buena; era honrada; era modelo de jóvenes. ¿Por qué el infame Smith fijó en ella su mirada abrasadora?...

Después ha resultado que Smith no es Smith, sino un pájaro de cuenta que más de una vez ha tenido relaciones con los tribunales de justicia, que conoce las cárceles, los presidios, que está familiarizado con policías, magistrados y jueces.

El procedimiento antropométrico de Bertillón ha dado esta vez resultados excelentes para la identificación del asesino. Sometido á rigurosa inspección, salió para Londres un parte de la policía francesa: «Se desea saber quién es James Smith; presenta estas particularidades, y las otras», y de Londres al día siguiente comunicaban: «Smith se llamó en tal fecha James Wilson, en tal otra Georges Giccaney, después Edward Smith: su nombre verdadero es Enrique Gilnour».

Smith ó Gilnour, que tanto monta, pagará esta vez todo el déficit que tenía con la justicia. Se han perdido los ojos azules y expresivos de la señorita Kolb, su talle esbelto y flexible, su voz fresca y armoniosa. ¿Verdad que hay asunto para una novela sentimental?

Vera Gelo, la rusa simpática de indomable fereza y carácter resuelto y firme, ha dejado París para marchar á su patria después de haber sufrido los rigores de la cárcel. ¡Otra figura interesante y popular!

Antes de partir, Vera fué á llorar sobre la tumba de su querida amiga Zelenine, víctima de sus fogosos arrebatos. Las sesiones del Tribunal que ha fallado la causa de Vera Gelo se vieron concurrísimas. Las ninfas de todas clases, aristócratas y plebeyas, pobres y ricas, guapas y feas llenaron la sala. Vera Gelo respondió con aplomo á las preguntas de sus jueces, declarándose autora de la muerte de su amiga.

Pero luego, sus explicaciones atenuaban su delito. Zelenine fué víctima de la casualidad. Dispuso el hado adverso que muriera. ¿Cómo es posible que Vera matase á su hermana, á su amiga, á su compañera?

Y el auditorio femenino sentíase movido de compasión hacia la procesada. El jurado absolvió á Vera Gelo y las damas se retiraron satisfechas del triunfo obtenido. Las leyes castigan el asesinato. Una mujer hermosa y de elegante porte como Vera, tiene suficiente poder para anular los códigos que escribieron sabios legisladores y profundos sociólogos. La mujer triunfa siempre. El porvenir es de las mujeres.

Para que nada haya faltado en esta quincena de emociones y sobresaltos, hemos tenido también un prelado acusado de ladrón y de estafador. ¡Cómo degeneran los tiempos! O, cómo adelantan, porque es difícil aclarar si el caso de Monseñor Pablo Guerin, detenido en Chateauroux, significa un retroceso ó un adelanto. Guerin, protonotario apostólico y prelado doméstico de S. S., está acusado de abuso de confianza, de quiebra fraudulenta, como si se tratase de cualquier tendero del Marais.

Como el suceso es reciente, á la hora en que escribo estas cuartillas todavía no ha fantaseado la imaginación popular acerca del prelado-bohemio. No tardará mucho el pueblo de París á dar rienda suelta á su maravillosa inventiva, donde de fijo jugará el papel más importante alguna mujer. ¡Un obispo estafador! *Cherchez la femme*. Y de fijo aparecerá.

El tiempo lluvioso y frío ha prolongado este año el invierno más de lo regular. Todavía lucen las damas largas capas, felpadas manteletas y confortadores boas para resguardarse de las inclemencias del tiempo. Esto pasará pronto, y al entrar de pleno en la primavera, París ofrecerá el pintoresco atractivo de sus mujeres, sus fiestas populares y sus paseos pletóricos de vida.

También se abrirán las Cámaras y se pondrán sobre el tapete los problemas más complejos de la política internacional: la cuestión de China, la alianza italo-francesa, el predominio de Rusia en la Mandchuria. Pero ¿quién se preocupa de estas nimiedades?

Bella es la vida, digo con el poeta. A vivir, y quédense los conflictos internacionales para los hombres de reposada inteligencia y reconocido talento.

Celebraré muy de veras que la Crónica del número próximo no sea tan triste como la presente.





## CHISMOGRAFÍA

(ALTA ARISTOCRACIA)

Madama de B..., condesas, marquesas,  
Murmuran, chismean, mordiendo á sabor;  
Es la hora del té, de la crema, del lunch;  
Se dicen nonadas y se habla de amor.

Gorjeos de pájaros, zumbidos de abejas,  
Melódicos cantos, todo eso á la vez  
Contienen las frases, y riendo se dicen  
Mil enormidades á la hora del té.

\*\*

En los finos dedos luce, entre sortijas,  
El lindo abanico, cual daga feroz,  
Y tras de él se ocultan las risas mordaces  
Que punzan traidoras en el corazón.

¡Con qué fina gracia, suave, incisiva,  
Las bocas rosadas se dan á morder!  
Condesas, marquesas, murmuran, chismean  
Y dicen nonadas á la hora del té.

CONDESA DE ROY.



## SENTIMIENTOS NOBLES

(CUENTO GALANTE)

El teatro Real estaba deslumbrador en aquella noche del mes de Enero de 1860, y la Marquesa de... (llamémosla X) más deslumbradora todavía que la platea del regio coliseo.

Gozaba la Marquesa de justa fama de mujer elegante, hermosa y de soberano ingenio; así es que tanto en los salones aristocráticos como en los del Casino, en las tertulias de los cafés como en las de los Cuerpos colegisladores, servía constantemente de tema para las conversaciones de unos y otros, habiendo por esto llegado á un grado de popularidad que para sí quisieran muchos hombres públicos.

En la noche á que nos referimos, las gracias personales de la empingorotada señora, realizadas por un soberbio tocado en el que el amplio descote que dejaba al aire sus carnes nacaradas no era uno de sus atractivos menores, habían trastornado el juicio de un imberbe mozalbete que, poco acostumbrado á los revoloteos por el mundo, se quemaba en los fulgores de la hermosa, como la atolondrada mariposilla en los de un foco de luz.

Todas estas circunstancias al pollito de marras le tenían algo más que soliviantado, y colocando en sus labios frases de ardiente pasión y abriéndole la válvula del atrevimiento, le determinaron á colocarse al lado de la aristócrata, y, con el mayor disimulo posible, largar á su oído una verdadera retahíla de piropos.

Los músicos estaban ya colocados en sus asientos y templando los violines... El entreacto terminaba, y el mancebo, viendo inmediato el momento de tener que abandonar el asalto de aquella plaza, que si por referencias no era muy fuerte, era en cambio tentadora, se determinó á hacer resabalar por su oído una frase que, aunque pareciera imposible, coloreó más con las tintas del rubor las mejillas del enamorado doncel que las de la Marquesa. ¡Misterios del pudor!

La dama, cansada de tal asedio ó por el contrario agradándole, que eso aún no se ha puesto en claro, al oír ta-

maños deseos, expuestos con temblorosa palabra, no pudo contener un movimiento de extrañeza, y mirando de arriba abajo al temerario D. Juan, le preguntó entre amorosa y altanera:

— ¿Todo eso es verdad?

El muchacho, como si Júpiter hubiera lanzado sobre él todos sus rayos, se quedó perplejo, confundido, anonadado ante semejante salida, que así la esperaba él, como yo la mitra de Obispo. Y no supo qué contestar. La turbación le dejó mudo.

— Bueno — prosiguió la dama, — en ese caso, vaya mañana por mi hotel... y ya veremos.

Creo que no habrá necesidad de decir que el muchacho fué puntual, y que la Marquesa, con esa esplendidez y generosidad que son propias de ciertos temperamentos, no regateó sus atenciones al huésped improvisado, ni escatimó los soberanos recursos con que contaba para hacer agradable la estancia de cualquiera á su lado. Nunca pudo amante alguno realizar tan rápidamente sus sueños de amor, ni conquistador valeroso dominar en tan poco tiempo el objeto de sus ansias.

Al siguiente día, el afortunado barbilampiño, queriendo convertir sin duda en hábito la extraordinaria aventura de que la generosidad de la Marquesa le había hecho afortunado protagonista, y considerándose inocentemente dueño y señor absoluto de la gentil dama, acudió nuevamente á su palacio, como las moscas acuden al plato de natillas dulces y blandas.

Palpitante de gozo y rebotando de orgullo, llamó al hotel, haciendo que un criado anunciase su presencia á la señora. Y cuál no sería su sorpresa al escuchar que ésta le mandaba á decir, como si de un mendigo se tratara:

— Haga V. saber á ese mequetrefe que yo socorro una necesidad, ¡pero que no mantengo vicios!...

# PROBABILIDAD

## I

Mme. de Ruremonde, que veraneaba en casa de su amiga la baronesita Elena de Courtisols, no pudo concurrir al baile campestre que un castillo vecino ofrecía á todas las personas de buena sociedad de la comarca.

«¡Ah, cuántololamento!.. pero esta neuralgia... es horroroso... Sólo el descanso puede librarme de ella...» De codos en el borde de una ventana, oprimiendo con la mano la dolorida mejilla, miró partir la victoria, el cupé, el landó que trasladaban á la fiesta á los alegres parisienses de ambos sexos, vestidos con trajes de campo, en los que el burriel no parecía sino seda del Japón y la ratina terciopelo de Génova. Después, al quedar sola, —la servidumbre no entra en cuenta — acostóse, con la resolución de echar un buen sueño.

Y se durmió en efecto, pero tan profundamente, que ni el regreso de la baronesa y de sus huéspedes, hacia las tres de la madrugada, acompañado del ruido de los coches y del piafar de los caballos, logró sacarla de su sueño, y aun es probable que sus ojos hubiesen permanecido largo tiempo cerrados si, de pronto, en la oscuridad y el silencio:

— ¡Pan, pan!  
— ¿Quién...?  
— Soy yo, Elena.  
— ¿Vos? Entrad.

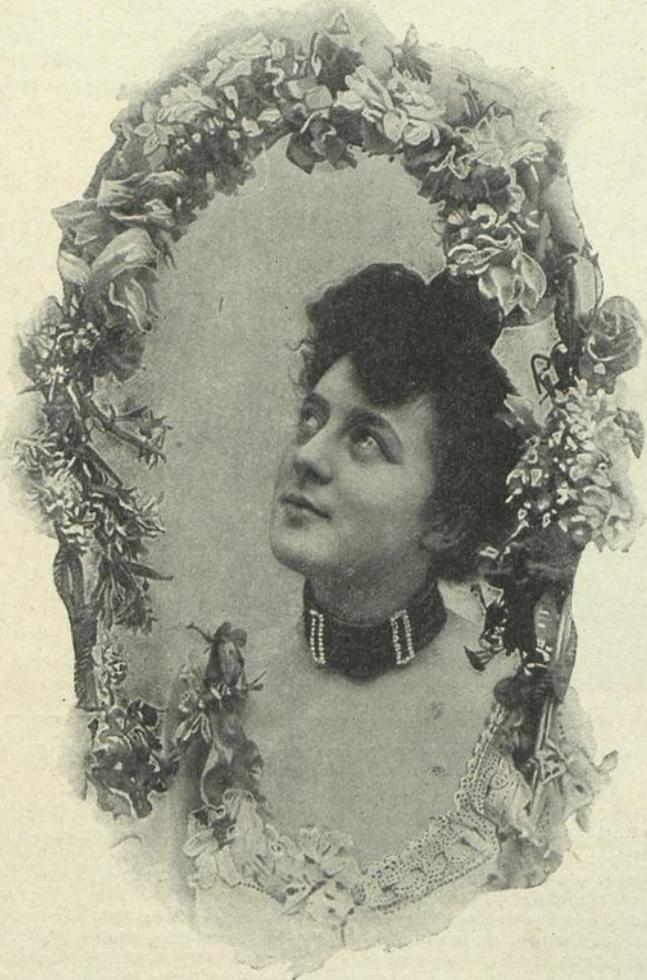
Y la baronesa de Courtisols se precipitó en el cuarto, vestida aún con traje de baile, como aquellas silvestres ninfas que la fantasía de los poetas evoca en los paisajes que decoran los entrepaños. Preciosa, menudita, algo delgada, pero regordeta donde conviene serlo, las cortas faldas sin cubrir las piernas, los brazos sobresaliendo de las mangas, y la garganta del corpiño, estaba lindísima; pero lo que prestaba sobre todo exquisito encanto á su hermosura, era su aire de inocencia infantil, nunca desmentido, bien que hiciese, aunque ingenuamente, todo lo posible para ello.

— ¡Dios mío, querida! ¿qué os sucede? — dijo Mme. de Ruremonde sentándose en la cama, envuelto el busto entre blancuras de malinas donde se esparramaron sus cabellos como rayos de sol sobre la nieve.

— ¡La cosa más espantosa del mundo! Si no me sacáis de la incertidumbre en que estoy metida, no me queda otro remedio que buscar la muerte arrojándome al estanque del bosque.

— ¿Vestida así?

— ¡Oh, no! Este traje frívolo no guardaría relación con la elegía que premedito. Me pondré un vestido de raso pálido, y creo que enterneceré á los corazones cuando me hallarán toda blanca, la boca triste como una rosa muerta, entre los nenúfares y las cañas del lago.



— ¡Es verdad! No obstante, por muy linda que una piense estar después del supremo suspiro, la muerte es un medio al cual no debe recurrirse sino en último extremo. Contadme lo que os desazona, y creed que si depende de mí el sacaros de angustia, no entre cañas y frios nenúfares, sino en un lecho entre finas batistas vais á dormiros en seguida con los rosados labios entreabiertos por respiración suave!

## II

Sentada cerca del lecho:

— ¡Nada más horroroso que mi aventura! — dijo la baronesa de Courtisols, cuyos senos levantados por el entrecortado aliento apartaban los rizados encajes de su garganta. — Ya sabéis que he ido con mi esposo, con el señor de Argelés, con todo el mundo, en fin, á esa fiesta...

— Sí; al castillo de Mad. de Lurcy-Sevi.

— Un castillo nada lindo: un caserón entre torrecillas. Me gusta más el mío. Pero el baile era encantador. Aquella pasión que por la danza tenía en el convento, la guardo todavía. Seré siempre una chiquilla, siempre...! y he valsado... valsado... Después, como hacía mucho calor, el señor de Argelés me ofreció su brazo para pasar á la mesa de refrescos.

— ¿Y bailasteis casi siempre con el señor de Argelés?

— Sí.

— ¡Valsa bien!

— Ah! demasiado bien!

Después del baile, la cena. Yo estoy acostumbrada al Champagne. Cuatro, cinco, seis vasos,

y apenas me colorean las mejillas. Pero el señor de Lurcy-Sevi, que tiene propiedades en Hungría, nos mandó servir tokay. ¡Ah, el tokay, querida!... desconfiad de él. Miel al beberlo, es fuego después que lo habéis bebido. En fin, ¡qué queréis que os diga! el calor, el vals, ese vino que os enloquece los sentidos... Terminada la cena, cuando quise levantarme, advertí que estaba ..

— ¡Ebria!

— Ebria del todo. Pero pude contenerme hasta la hora del regreso. Seguramente que debí mostrarme algo taciturna, tal era mi temor de que se vislumbrase mi estado, pues de soltárseme la chispa, hubiera sido capaz de todo. Reanudóse el baile; pero yo me guardé bien de valsar!

— Alabo vuestra prudencia.

— Así es que estaba bastante satisfecha de mí misma. Hube de suponer también que á pesar de los ardores que me cosquilleaban por debajo de los ojos, la cosa no pasaría á mayores. Pero cuando se dió la señal de partida, el aire libre, el frescor súbito, me turbaron hasta tal punto que no supe lo que me hacía; y entre el barullo de los adioses, de los apretones de mano cambiados, de los

criados que llamáis, de los coches que avanzan..., en lugar de subir con mi marido al landó, entré sin quererlo, como si alguien me hubiese empujado, en el cupé donde me hallé sola...

— ¿Sola?

— Con el señor de Argelés

— ¡Hola!

— Apenas rodó el coche, tuve un destello de razón, y si me afirmasen que exhalé un grito, lo creería sin dificultad. Pero ese grito, caso de haberlo lanzado, no lo oyó nadie, ni nadie vino en socorro mío; y hundida en los almohadones, sentí como un sopor dulcísimo me cerró los párpados, en tanto que el señor de Argelés aprisionaba mis manos en las suyas...

— ¡Amiga, me asustáis! Esa somnolencia brindando á las más culpables audacias... las manos, donde habría podido subsistir, á pesar de la embriaguez, un honesto instinto de rechazo, reducidas á la impotencia por la brutalidad de un apretón...

— No, no era brutal; era una presión tierna...

— De todos modos era temible. En fin, vedme temblando ya. ¿Qué sucedió luego?

— ¡Qué sé yo!

— ¡Cómo! ¿No lo sabéis?

— No recuerdo nada — exclamó la baronesa de Courtisols. — Precisamente á causa de esta ignorancia es por lo que estoy sumida en la más cruel perplejidad. Desde el castillo de Lurey-Sevi al de Courtisols, el camino es largo... y no desperté hasta llegar aquí! ¡Oh, amiga mía!, durante este sueño, durante este viaje, ¿qué habrá sucedido? ¿El señor de Argelés habrá respetado la ingenuidad de mi abandono, y, viéndome sin defensa, su magnanimidad le habrá impelido á no aventurar una victoria fácil?...

— ¡Hum! — dijo Mme. de Ruremonde.

— ¿O bien, turbado por la proximidad de ciertos encantos de que no puedo, pese á mi modestia, juzgarme del todo desprovista, se habrá dejado arrebatar hasta el punto de obtener furtivamente, varias veces acaso, los extremos favores que le he rehusado siempre? Esto es lo que ignoro, y, sin embargo, he de saberlo á cualquier precio. Despertada de pronto al parar el carruaje, me he lanzado al patio, he subido corriendo las escaleras, y he llamado á vuestra puerta. Aquí me tenéis, pues: en vos confío, porque sólo vos podéis sacarme de la horrible duda en que jamás se haya hallado una persona decente.

— ¿Yo?

— Sí, vos.

— Ciertamente que la ambigüedad de vuestra situación es algo cruel, y os aseguro que me conmueve mucho más que no sabría expresároslo. ¿Pero qué puedo hacer yo para sacaros de esa perplejidad?

— Ah! Vos sois ingeniosa, sutil. El misterio de los azares más complicados se revela á la lucidez de vuestra experiencia. ¡Vos imaginaréis un medio cualquiera! ¿No sois algo pariente, por vuestro marido, del señor de Argelés? ¿No os hacía éste la corte el año pasado? Puesto que habita en el castillo, os es fácil verle á todas horas. Vos le interrogaréis diestramente; y si se niega á hablar, una mirada, una sonrisa os lo revelará todo.

Mme. de Ruremonde reflexionaba.

— La empresa es espinosa — dijo.

Y luego, no sin gravedad:

— ¿Queréis verdaderamente saber si habéis sido ó no víctima inocente del señor de Argelés?

— ¡Lo quiero!

— Exige vuestra amistad que yo esclarezca este asunto, aunque para lograrlo deba resignarme á practicar extraños esfuerzos?

— ¡Oh, querida mía! ¿Dudáis acaso de los sacrificios que sería capaz de hacer yo, si necesario fuese, para serviros?

— Está bien. Seréis obedecida. Id á vuestras habitaciones, dormid en paz y volved á visitarme esta misma mañana, antes de mediodía. La verdad, toda entera, os será entonces revelada.

### III

Que un castillo á la moderna, edificado á orillas del Marne, donde se baila durante todo el otoño, donde se representan comedias entre dos biombos, donde los susurros junto á las ventanas, se amortiguan entre los perfumes de las rosas del arriate, sea frecuentado por los aparecidos como una siniestra mansión feudal antigua, habitáculo de cuervos y vampiros, cosa difícil es para creída de personas sensatas.

Sin embargo, si instalados en el hueco de una ventana, con la frente pegada á los cristales, hubieseis mirado, la noche en cuestión, hacia el corredor que se prolonga en el primer piso del castillo de Courtisols entre las habitaciones de los huéspedes, á buen seguro que os hubieseis quedado sorprendidos, cuando no asustados. Pues hubierais visto, blanca con la palidez de un sudario, deslizarse ligera una forma á lo largo de la pared, detenerse cerca de una puerta, y desaparecer como copo que se derrite. Luego, transcurridas un par de horas, si no hubieseis abandonado el sitio de observación, habríais podido ver la misma forma surgir de nuevo, pisar sus huellas, empujar otra puerta y desaparecer por vez segunda. En cuanto á suponer que ese fantasma pálido, lejos de ser una Dama blanca, fuese una de las que habitaban el castillo, viviente y moviente, envuelta en un peñador de malinas y amiga de dar una sorpresa nocturna á cualquier amigo ensoñado, no sabré qué deciros: opino sin embargo que es más razonable creer en los aparecidos que en la fragilidad de las virtudes femeninas.

Pero lo que sí puedo afirmar es que un poco antes de mediodía, á pesar de que las cortinas de su cama estaban inundadas de sol, Mme. de Ruremonde dormía aún entre el desorden de sus encajes y de su cabellera esparcida; y que la baronesa, para sacarla de su sueño, hubo de tocarla en el hombro dos ó tres veces.

— ¿Y bien?

— ¡Ah!, regocijaos y no abriguéis temor alguno! A pesar de la tentadora ocasión que le ofrecían vuestra embriaguez y vuestro sueño, á pesar de la soledad de la noche, el señor de Argelés no se ha atrevido á nada que podáis reprocharle; vuestra virtud ha permanecido tan intacta como puede desear vuestro marido.

— ¡Oh, qué dicha! ¿Es posible? — exclamó Elena de Courtisols con alborozo que, á la verdad, no parecía nada fingido. — ¡Amiga de mi alma! ¿Cómo habéis podido, en tan corto espacio, procuraros la prueba?...

— ¡Ah, bastante me ha costado! — dijo suspirando Mme. de Ruremonde. — ¡Por favor!... no me interroguéis.

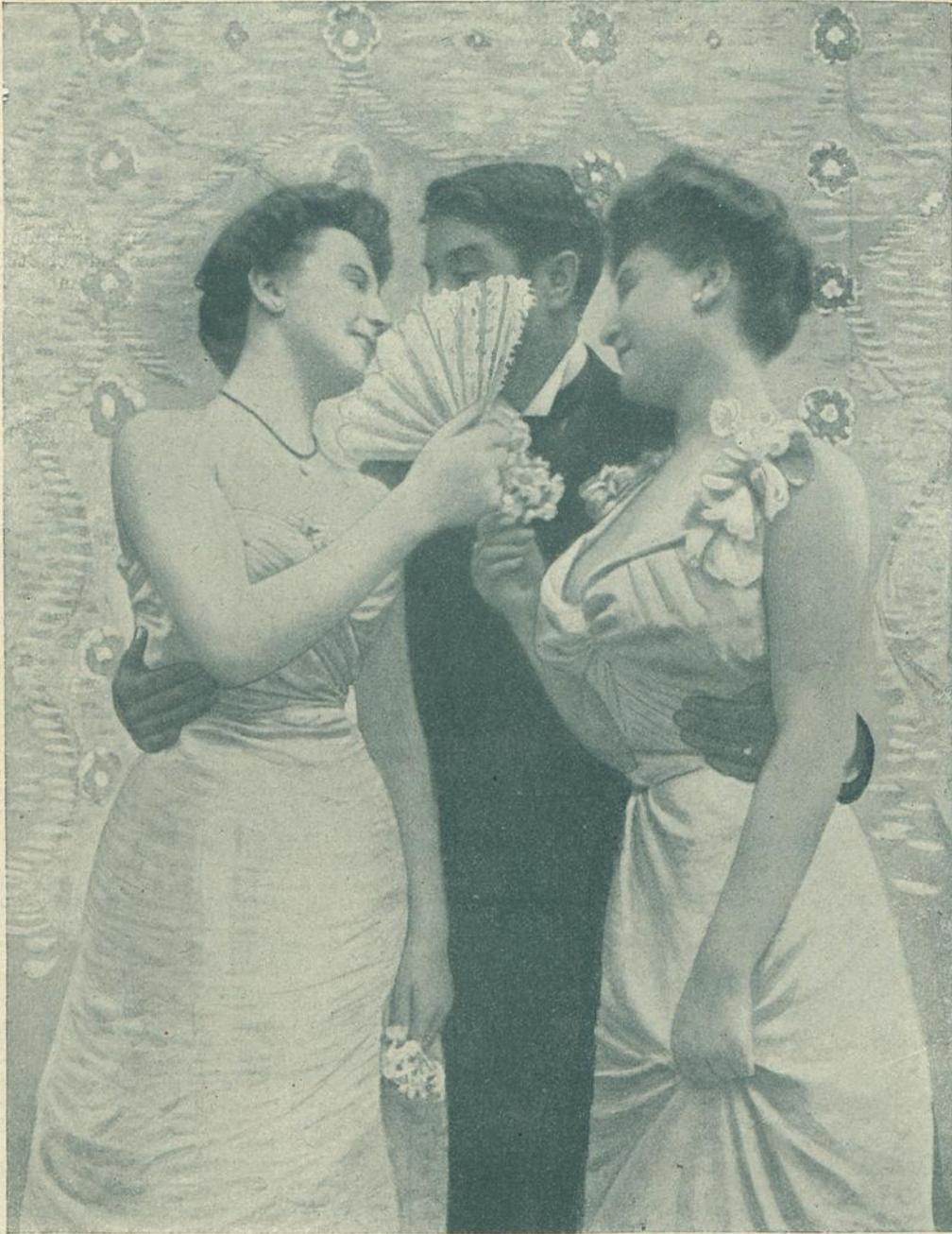
— Como queráis; no deseo más que daros gracias. Pero, repetídmelo, ¿no conserváis duda alguna? ¿Es cierto, absolutamente cierto?

— ¡Oh sí, en absoluto!... á menos que...

— ¿A menos?...

— A menos — exclamó Mme. de Ruremonde echándose á reír — que el señor de Argelés no sea un hombre sumamente extraordinario!

CÁTULO MENDES.



## SHOCKING

No sé si es aversión ó envidia; pero es el caso que yo no puedo tragar á Valadier; es un grosero, eso lo sabe todo el mundo; y más grosero todavía con las mujeres.

Suelta entre ellas, en la calle, en los salones, en todas partes, cada barbaridad capaz de ruborizar á un negro y de poner los pelos de punta á un calvo.

Esto no obstante, ese hombre es el preferido, el ser mimado de todas las mujeres. Se lo disputan; así, tal como suena.

Esto le crispa los nervios al más cachazudo.

A mí me tenía y me tiene fuera de quicio, porque á pesar de mi propósito competidor, cuando no salgo revolcado por él, con alguna frase sucia, que provoca la risa, soy objeto de la chacota de las damas.

Tan cansado estoy ya de la grosería de este hombre, que después de formal propósito de *reventarle* poniéndole en ridículo con ánimo de vengarme de sus inconveniencias, adopto el plan de cogerle por la Gramática.

Ya que en lo verde no podía ni puedo competir con él, era éste el mejor propósito.

Sin embargo, el diablo le protege...

¡Cristo! Vean ustedes lo que ocurrió cuando por centésima vez me puse frente á él.

Pues, señor, encontréle noches atrás en el salón de las de P., con tan buena fortuna que se hallaba discursando respecto á asuntos serios muy acaloradamente.

— No tengan ustedes cuidado, señoritas — decía; — no iré más allá en este punto; harto sé el *respecto* que una persona debe tener á otra...

Interrumpile exclamando con retintín:

— *Respeto* tu moderación en este punto; pero *respecto* á esa *c* que encajas en *respeto* no puedo hacer lo mismo, pues está tan de sobras en la palabra como tú entre ciertas personas...

Valadier miróme con aire algo asombrado, pero enseguida repuso chocarreramente:

— No disputaré que esa *c* no esté de más en la palabra; pero lo que sí afirmo es que se echa de menos delante de tu apellido.

LUIS AGÓN.



## Á ELISA, CONTRA MADAMA LAURA

ROMANCE

Dos ojos y medio tienes,  
 Elisa del alma mía,  
 Según lo murmura Laura  
 Ardiendo en celosa envidia;  
 Pero vale más el ojo  
 Que tienes ciego y sin vista,  
 Que toda madama Laura  
 Mirada de abajo arriba.  
 Porque ese ojo chiquinín  
 Que casi no tiene niña,  
 Parece que para alguna  
 Señã amorosa lo guñãas,  
 Que, como es juego el amor,  
 Y tanto á jugar te inclinas,  
 La seña del basto haciendo  
 Estás á cuantos te miran.  
 Mas el otro ojo es más claro  
 Que el sol que en el cielo brilla,

Y como el sol, está solo  
 Porque nadie le compita;  
 Y á mí por él más flechazos  
 El tirano amor me tira,  
 Que golpes en almirez  
 Se pegan en la cocina;  
 Y así, más que á siete Lauras,  
 Te quiero, mi dulce Elisa,  
 Pues no compiten contigo  
 Diez Lauras en retahila.  
 Que son Laura y sus traseros  
 De rebelada provincia,  
 Y tú cántabra, y criada  
 En el riñón de Castilla.  
 Y si á tus ojos motejan,  
 Di que aquel que más te estima,  
 Con un ojo hacia el Poniente  
 Y el otro á Levante mira.

J. IGLESIAS DE LA CASA.





DOS AMIGAS



ENSAYANDO

## ¡Esa imbécil de Rosalía!



A muchacha, apenas si hacía ocho días que estaba en la casa, y era ya incontable el número de inconveniencias, atolondramientos y disparates por ella cometidos. Para servir la comida, anunciaba: «Señora, está Vd. cocida». Cierta día, rompió un miembro á una estatuita de Apolo,

que estaba con los brazos bajos, y al encolarlo, levantóselo por encima de la cabeza.

Queriendo engalanar sus entremeses, rodeaba cada rabanillo con hojas de perejil... Así no es extraño que el dueño de la casa, M. Tiropet, honrado tratante en legumbres, algarrobas y pepinos, no exagerase nada al decir á cada paso: «¡Si será imbécil esa Rosalía!»

Recién llegada de su aldea la muchacha, tomóla á su servicio Mme. Tiropet, cuyo estado desmesuradamente interesante excusaba sus extraños caprichos, uno de ellos el haber despedido á la niñera, de la cual estaba contenta, para reemplazarla por aquella «imbécil de Rosalía.»

M. Tiropet no podía explicárselo.

Pero alguien que hubiese podido leer en el alma de Mme. Tiropet, habría hallado la clave de semejante misterio—¡oh, sí, misterio!—impreso en negrísimo caracteres.

Alma tierna la de la rubia Mme. Tiropet; pero ¡cuán atormentada!

¿Había dicho ya que era rubia?

¡Ah! pero qué negro desasosiego el de Mme. Tiropet!

Cierta día aciago, en el imperial de un tranvía, encontróse sentada al lado de un negro, un soberbio negro, de anchas espaldas, de terribles dientes y ojos de conquistador inconsciente. Mme. Tiropet notóle unas manos con dedos enormes y palmas casi rosadas: esto la intrigó.

Y quiso saber...

Resultado: un desbordamiento de caderas, un crecimiento del abdomen... Acercábase el desenlace fatal.

¿Qué iba á decirle á M. Tiropet?

¿Debía huir? No.

¿Confesar? Jamás.

¿Morir? ¡Je! ¡je!

Sin embargo, M. Tiropet estaba contento como unas pascuas: había consultado á san Antonio de Padua ofreciéndole un óbolo, y el santo había contestado: «Sí; será un muchacho.»

¡Qué alegría la de M. Tiropet!

Ya tenía escogidos los nombres.

Había comprado ya la canastilla.

Y sólo aguardaba la llegada del querubín. ¡Cómo

resaltarían las nacaradas carnes del rollizo muñeco entre aquellas blancuras transparentes y azules gasas y cintas!

Esas esperanzas comunicábalas sin cesar á Mme. Tiropet, y cada vez más alegre y entusiasmado aplicábase al rostro sendas dosis de Agua de las Hadas con objeto de borrar los estragos del gris otoño que asomaba por sus patillas.

Cortos días separábanle ya del ansiado momento de la paternidad; las capas de la mágica tintura superponíanse febrilmente: quería estar bello para recibir al heredero legítimo de Tiropet... A cada paso zarandeaba el frasco, y una de las veces, al quitar el tapón de esmeril... ¡crac!; encontró la botellita rota y vacía.

Otra barrabasada de «esa imbécil de Rosalía»!

M. Tiropet oprime el timbre.

—¿Qué has hecho, idiota?

—¡Oh, no es nada, señor Tiropet!; una desgracia! El frasco se ha roto; pero he vertido el líquido en aquella botella que lleva una etiqueta.

—¡Una botella de St.-Galmier! ¡Vamos, no eres tan estúpida como creía! Pero, ¡voto á!... ¡no está también vacía esa botella!

—Es verdad... sí... es que la señora me ha pedido que le sirviese la limonada, y he derramado en ella el resto para llenar el vaso.

—¿Y se lo ha bebido?—exclamó M. Tiropet.

—Sí señor; es claro...

¡¡ !! ¡!

M. Tiropet se contuvo; lleno de justa ansiedad, supo no obstante retener sus lágrimas, y no le contó á su esposa el incidente.

Acercábase la hora del alumbramiento: el doctor había prevenido á la familia; Mme. Tiropet madre y los padres de Mme. Tiropet, los esposos Lapétasse, habían acudido al punto; cinco ó seis primos y amigos llenaban el salón. Todos aguardaban.

M. Tiropet, de levita, luciendo soberbia corbata de raso blanco, estirábase con furor sus negras patillas y su cabellera de ébano.

De pronto... suspiros, gemidos... precipítanse todos... Después, un retroceso general, y un grito de espanto!

El recién-nacido es negro, negro de pies á cabeza como un mueble de palisandro.

El doctor busca en vano una explicación científica del fenómeno.

Mme. Tiropet, extenuada por el dolor, llamaba á la muerte en su ayuda.

Una angustia horrible devoraba á las familias Lapétasse y Tiropet.

—¡Ah!—exclamó de pronto M. Tiropet:—todo lo comprendo: ¡mi frasco!... ¡la botella St.-Galmier!... ¡la limonada!... ¡Oh! «esa imbécil de Rosalía!!!»

GÉCÉ.

## ENTRE ELLAS



Los ojos de esta morena  
Son lo mismo que mis males:  
Grandes como mis fatigas,  
Negros como mis pesares.

—Vamos, querida, decídate: ¿á quién prefieres, á Enrique ó á Ricardo?

—No sé; cuando estoy con Enrique prefiero á Ricardo, y cuando estoy con Ricardo, prefiero á Enrique.

\* \* \*

—No conozco nada más pequeño que los pies de Ramoncita.

—Pues hay algo más pequeño todavía.

—¿Qué?

—Sus botinas.

\* \* \*

—Luisa; me han asegurado que has hecho las paces con Juana.

—Sí. La he encontrado tan fea, que no he tenido más remedio.

\* \* \*

—¡Parece mentira que Matilde tenga tanto partido! Siempre está rodeada de perros fieles...

—No tiene nada de particular. ¡Con tantos huesos!...

\* \* \*

—No te parece, amiga mía, que Luisa se ha vuelto un poco sorda?

—Naturalmente; desde que no se habla de ella.

## EPIGRAMAS

Confesando estaba un día  
Uno, y á cada pecado  
El confesor irritado:

—¡Muy mal hecho!— le decía.

—Aunque mi pecho taladre,  
Me acuso de que á Lucía,  
Estando solos, un día...

—¡Muy mal hecho!— dijo el padre.

Y entonces, de mal humor,  
Alzándose el penitente  
Dijo, con tono impaciente:

—¡Pues hágalo usted mejor!

F. PÉREZ Y GONZÁLEZ.

Llevó una vela á Cupido  
Adela en cierta ocasión,  
Con ferviente devoción,  
Para obtener un marido.

Y díjole el dios:—Adela,  
Lo tendrás á tu medida;  
Pero entretanto, querida,  
Sírrete aún de la vela.

P. DE JÉRICA.

La esposa de Antón Briones  
Dos niñas parió muy monas;  
Y él repite, en ocasiones:  
—Son mis hijas. (¡Qué ilusiones  
Se hacen algunas personas!)

L. PORSET.

—Dí, ¿cómo el necio Tomás  
De hacer un discurso acaba?  
—Es que un francés le apuntaba.  
—¿Y por dónde?—Por detrás.

G. S.

Enterrada ha sido aquí  
Una temprana belleza  
Que aun muerta, con la cabeza  
Iba diciendo que sí.

J. BERNAT BALDOVÍ.

Un jorobado me ronda  
Las puertas de mi corral;  
¿Si pensará el jorobado  
Que á mí me ha de jorobar?

## LOS PLACERES DE PARIS

## MOULIN-ROUGE

(Continuación)

Difícil parece, de pronto, describir el estado de alma de la danzante de bailes públicos.

Hasta aquí el arte de la coreografía popular, aun contando con buen número de historiográficos y de iconógrafos, no ha sido tratado á fondo; esto da lugar á que los profanos en su mayor parte supongan que esa danza carece de reglas y que sólo el azar dirige los movimientos que ejecutan las cuadrillas.

Sin embargo, y esto parecerá extraordinario á muchos lectores, existe una verdadera y frecuentísima escuela de *chahut*, y todas las danzantes del «Moulin-Rouge» son, no solamente artistas universalmente apreciadas, sino también notables profesoras.

Las piruetas y los *jetés battus* de la Escuela de la Academia Nacional de Música y de Baile tienen su antítesis en el baile de cuadrilla, y Nini «Patte-en-l'Air» y la «Môme Fromage», para no citar sino á esas dos heroínas del canción, fueron muchas veces designadas por empresarios extranjeros para enseñar la cuadrilla nacional á numerosas alumnas.

Entre los movimientos más difíciles de ejecutar con perfección y los *tiempos* más largos de aprender, conviene citar sobre todo las cuatro *poses* más notables.

En primer lugar, la titulada «Armas al hombro», segunda figura de cuadrilla, que consiste en mantener de una manera absolutamente vertical la pierna derecha, y esto durante los diez y ocho compases de la orquesta.

«Grille d'Égoût» sobresalió en este movimiento, que á menudo excitaba la admiración de numerosos espectadores.

La segunda *pose* es la «Guitarra», que Pigeonnette, convertida poco después en marquesa auténtica, creó algunos años hace, en el jardín del Moulin-Rouge, en compañía de Valentín el Desosado, millonario hoy.

La tercera *pose* representa la preparación al gran *écart* «L'ENLEVÉ» que la «Goulue», hoy domadora, no dejaba nunca de acentuar con actitudes caprichosas.

Y por fin EL RETORNELO, como si dijéramos la coda de la cuadrilla, que exige ligereza sin igual para excitar el aplauso.

Sin hacer olvidar á sus ilustres predecesoras, las danzantes del Moulin-Rouge continúan, sin embargo, hoy día la tradición de la verdadera danza popular.

Aparte de las cuatro estrellas de que precedentemente hemos hablado, es fácil admirar cada noche la ligereza, la gracia y la ciencia de esas lindas jóvenes que se llaman «Marcelle-la-Rouge», la «Belle Ida», «Pâquerette», «Clair-de-Lune» y *tutti quanti* que hacen del primer establecimiento coreográfico de París, no solamente un centro de *atracciones* único en el mundo, sino también una verdadera escuela de danza, en algún modo el Conservatorio Moderno de la Danza Popular.

\*\*\*

El poeta que dijo:

Festones son y astrágalos tan sólo,  
podría darse cualquier noche una  
vuelta por el Moulin-Rouge, y  
aun podría templando su lira por  
el ritmo de las caricias, cantar  
también la apoteosis de las carnes  
rosadas y de los interiores femeni-  
nos.

En el Moulin-Rouge, donde resplandece la belleza bajo la viviente forma de las encantadoras peripatéticas del Amor, hay que admirar esos preciosos montones de gasas, encajes y guipures, que son como si dijéramos los estuches sensuales de los tesoros de la mujer.

Con gesto tan soberbio como impúdico, muestran á los visitantes ropas blancas sin mácula susceptibles de maravillar á generaciones de extranjeros, y la blancura de las enaguas finamente almidonadas, contrasta de modo extraño con la negra vainica donde se encierran las finas piernas de las traviesas danzantes.

Los tules, las malinas, las puntas de Inglaterra, las valenciennes y los dibujos de Alenzón, se exponen á los ojos de los visitantes en perpetuo vaivén y entre roces y crujidos encantadores.

Bajo las luces, en medio de la música seductora y de las cuadrillas, los interiores femeninos forman una aureola afrodisiaca que transporta la mente á regiones vagas é infinitas.





El mundo tiene una ciudad: París, y París será siempre el Edén maravilloso donde las mujeres son reinas y diosas en medio de las adulaciones del hombre, animal civilizado que doma los elementos y que, no obstante, se queda desarmado y con la boca abierta así que una linda muchacha le tira en un revoleo de encajes sus enaguas al rostro.

\* \* \*

La sala del Moulin-Rouge, á la cual se llega pasado un corredor decorado de rojo y atestado de fotografías y anuncios, es alta, inmensa, y se tomaría de pronto por una estación de ferrocarril transformada instantáneamente en salón de baile.

La orquesta es una charanga de circo ecuestre, donde el cobre sonoro sofoca las dulces notas de los violines, y al son de los robustos acordes lánzanse las *chahuteuses* en el torbellino de la danza, recogida la falda y al aire la torneada pierna.

En el intervalo de los entreactos y de las danzas, circula por el recinto una doble corriente de mujeres y de hombres como en un desembarcadero: confúndense los grupos, se mezclan, se tropiezan, se arremolinan, entre un revoltillo de sombreros de mujer empenachados, de chisteras, de hongos, de castoreños y hasta de casquetos.

Los cuerpos de raso rojo cereza, verde, amarillo, blanco, azul, y las faldas multicolores alegran la vista

del observador más impasible y le incitan á rozarse con aquellas crujientes olas de sedas, casimires y tafetanes indianos.

El ambiente está saturado del estrafalario perfume de los polvos de arroz mezclados con los acres vapores del tabaco.

A izquierda, sentadas junto á las mesitas, nunca faltan mujeres sedientas que aceptan todos los convides... solicitados, ó que aguardan que se les ofrezcan. Esto sí, no tiene límites su reconocimiento, y en seguida os brindan su corazón amante... estipulando previamente las condiciones.

En ambos lados de la sala levántase un estrado, especie de galería calada, amplia, desde la cual se puede contemplar cómodamente el espectáculo que ofrece el baile y sus variadas fases, espaciando á la vez la vista y deleitándola en la contemplación de aquellas mujeres magníficamente ataviadas, que se pasean y desfilan como en una feria de amor.

Escotadas hasta la exageración, tras los transparentes encajes que velan la garganta y el pecho, os ofrecen sensuales visiones de trigüenos cutis, dorados, bruñidos como el marfil, y os arrastran á su paso

con el leve guiño de sus ojos seductores ó el mohín de su boca graciosísima; otras pasan, altivas y soberbias como reinas de teatro, erguidas y flexibles en sus largos trajes sastre, entallados con tal perfección que señalan y acentúan todas las ondulaciones y delicadeza de líneas de aquellos cuerpos, que más de un pintor ha tomado por modelo.

\* \* \*

El jardín se abre á izquierda de la entrada; en torno del kiosco de la música evoluciona el enjambre de señoritas educadas y pagadas para sostener á la altura de su antigua reputación el divino *chahut* parisiense, famoso y apreciado de todos los





pueblos del globo, que acuden aquí para saborear sus bellezas nada ocultas.

Algunas familias inglesas acuden por entero, y contemplan absortas y pasmadas á esas mujeres que bailan sin caballero, formando parejas entre sí y entregándose á unos descarríos de piernas que á las claras indican los extravíos más lamentables de su conducta. Y cuando las faldas de encajes se recogen de pronto hasta el vientre en sugestivo revoleo, la púdica Albión deja su aire embozado y toma de prisa las de villadiego tapándose la faz con ambas manos.

A través de los encajes del pantalón ó de la transparente finura de las medias de seda, vese á menudo las enrubiadas carnes, blancas, rosadas, ofrecidas á los encandilados ojos como otros tantos reclamos por esas lindas buhonerías de amorosas monerías.

Rozagantes, provocadoras, pasan las noches prodigando mimos y riéndose á carcajadas, ora afectando aires de distinción verdaderamente aristocráticos, ora remedando la gracia felina de las orientales, ó bien la seducción canallesca de las mozuelas del arroyo.

Al verlas tan excitantes y á la vez tan pícaras, creeríaselas descendidas de una tapicería de bacantes para mostrar por todo lo alto sus piernas en la canavalesca borrachera de un cancán delirante...

\*\*\*

En los bancos, bajo los árboles cuyo follaje se estremece á los fríos reflejos de las luces eléctricas,

charlan á más y mejor los clubmen, los artistas y los diplomáticos franceses y extranjeros con «grandes damas» cuya vida merecería ser contada por un Brantôme de nuestros tiempos.

Allí se ve á Fauvette, émula de la Goulue á quien ha reemplazado; á Rayo de Oro, que ya camina al ocaso; á la Glu, celebridad de otro tiempo, *raptada* quince años atrás por un inglés deslumbrado ante las ondulaciones de sus caderas y sus piruetas inverosímiles, el cual le ofreció hotel, caballos y coches si le acompañaba á las orillas del Támesis brumoso. ¡Pero qué brumas tan densas las de aquel río! No pudieron resistirlas sus nervios, y tornó otra vez á *voltrear* en el Moulin.

Algo más lejos se observa á Sauterelle-la-Blonde rutilando como un hada en las florestas; á Cleopatra cuyo seno no alberga el áspid ponzoñoso; á Lea, Rosa Pompon, la gentilísima Sans-Gêne y la exquisita japonesa Cha-Hu-Hao, nombre que la predestinaba á figurar en el coro de estrellas del «Chahut»!

\*\*\*

Antiguamente galopaban en las avenidas unos asnillos tunecinos, en cuyos lomos se sentaban las *chahuteuses*, entregándose á carreras locas que les daban pretexto para mostrar hasta por encima de la liga las piernas, más ó menos auténticamente torneadas.

Los asnillos han desaparecido ya y sólo queda el elefante, gigantesco paquidermo que parece una casa de dos pisos y que semeja el caballo de Troya, pues lleva en el vientre una orquesta de músicos á cuyos acordes varias bailarinas con trajes orientales contornean la danza del vientre. Es el llamado *Concierto tunecino*.

(Continuará)



# QUINCENA TEATRAL

Pocos, en realidad, podemos decir que son los *sucesos* teatrales que se han desarrollado durante la actual quincena.

Anunciamos en nuestra última revista el debut de Virginia Reiter.

Esta célebre artista, al escoger el Gran Teatro del Liceo para en él dar su campaña artística, creemos que no estuvo del todo acertada, pues este Gran Teatro no es el más á propósito para el género que cultiva la Reiter.

Pero dejemos esto aparte; pasemos á juzgar á la actriz.

Virginia Reiter es de las artistas de corazón, es de las que sienten de verdad las situaciones y es de las que da el sello de creación á cuantos personajes se le encomiendan.

Dice y expresa con naturalidad, y rehuye de todo efectismo y amaneramiento, causas muchas veces de la decadencia de una artista.

En la generala de *Madame Sans Gêne*, conserva el mismo aire que la antigua lavandera del barrio parisién.

En *Dora y Resa a discrezione*, ha estado inimitable; en *Zazá* ha hecho una creación; en *La Dama de las Camelias*... ahí, ya no podemos decir lo mismo; en esta obra la hemos desconocido.

Del resto de la *troupe* Reiter-Pasta, sólo merecencionarse el primer actor Carini.

Lo que verdaderamente ha llamado la atención de cuantos han acudido al Gran Teatro del Liceo, ha sido la gran riqueza de trajes y la propiedad con que se han puesto las obras.

Virginia Reiter no ha usado un mismo traje dos noches seguidas, aun representando la misma obra.

La compañía que verdaderamente resulta favorecida por el público, es la que viene actuando en el Teatro del Tivoli.

Se han organizado en este coliseo algunas veladas valencianas, y en estos días hace un verdadero negocio la empresa, y cosechan justos aplausos los artistas.

Allí la Filomena García, en competencia con la señorita Martí, procuran ganarse el cartel en buena lid, y se esfuerzan y no ven defraudadas sus esperanzas.

*Las Carceleras*, última obra estrenada en este teatro, ha sido un verdadero éxito, y es una producción que tardará á desaparecer del cartel.

Novedades no sale de su monotonía; sólo ha estrenado un drama, que el público ha recibido con reserva.

En Eldorado se han estrenado *El Juicio oral*, obra que tenía este teatro en litigio con el Granvía, y la *Tia Cirila*. Son estas obras de las que vienen á aumentar el montón de las del género chico, pero no salvan á ninguna empresa en una temporada.

En este mismo teatro tocan ya á su fin las representaciones de las famosas voladoras alemanas y rusas, que con sus aéreos bailes han llevado bastante concurrencia al coliseo de la plaza de Cataluña. En la actualidad cosechan muchos aplausos con el baile mimico-fantástico *El Talismán de la Reina de las Sulfides*.

En el Granvía continúa la compañía de Ventura de la Vega su labor de atraer al público.

En estos días, Julio Ruiz, antes de salir para América, es el encargado de distraer á los abonados de este teatro.

Julio Ruiz, en escena, divierte á un público, y esto es lo que busca un empresario.

Dejando aparte esto, y pasando revista á los Salones-Convier-tos, hemos de hacer una pausa al tratar del Salón Moderno.

En él, las hermanas *Koklin's* hacen verdaderas maravillas en su trabajo, especialmente Mlle. Margot, que á pesar de contar 11 años, es una artista de buena cepa y una cómica consumada.

Sus sesiones se ven muy concurridas, y verdaderamente que la cosa lo merece.

En el Edén Concert, los últimos debuts han sido los de Mlle. Rita Belmont, Mlle. Dumonteuil y Mlle. Dupérier.

Todas ellas han sido bien recibidas por el público.

En Madrid la campaña teatral está ya dando su paso final.

El Español ha cerrado sus puertas; Lara reorganiza la compañía para su *tournee* por provincias.

En la Zarzuela se ha estrenado *La Barcarola*, de Sellés, con música de los maestros Caballero y Lapuente, y esta ha merecido un éxito muy dudoso.

Para América se embarcan estos días muchos artistas, en busca de gloria y dinero, entre ellos la compañía Guerrero-Mendoza.

Que la travesía les sea buena y que allí vean realizados sus pensamientos.



HERMANAS KOKLIN'S.

SE PUBLICA  
QUINCENALMENTE

# PARIS ALEGRE

PRECIO DEL NÚMERO:  
20 céntimos

Revista ilustrada con Fotografías del natural

Administración: Librería Francesa, Rambla del Centro, 8 y 10.—Barcelona

PARA ENFERMEDADES URINARIAS

SANTALÓL-SOL

Nuevo producto medicinal  
muchísimo más activo  
QUE EL  
SÁNDALO

DEPÓSITO FARMACIA SOL  
CORTES 226 ☆ BARCELONA